

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO XXXV

Donde se da fin a la novela del «Curioso impertinente»¹

(La RAE tituló el capítulo *Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin a la novela del Curioso impertinente*)

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

—Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen a cercen², como si fuera un nabo!

—¿Qué dices, hermano? —dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba—. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento y que don Quijote decía a voces:

—¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra³!

¹ El título no menciona el episodio de la lucha con los cántaros de vino, contada en el presente capítulo (I, 35), mientras que el epígrafe del siguiente (I, 36) la anuncia pese a quedar ya atrás. Son anomalías que deben atribuirse a una insuficiente revisión final del manuscrito por parte de C.

² ‘de raíz’.

³ ‘sable corto que se ensancha hacia la punta’; en el siglo XVI se considera arma propia de turcos. Con ella caracteriza Sancho la nación del gigante Pandafilardo.

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

—No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea⁴ o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

—Que me maten —dijo a esta sazón el ventero— si don Quijote o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos y por detrás tenía seis dedos menos⁵; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y nonada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado⁶, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama⁷, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué, y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo

⁴ ‘poner paz entre los contendientes’.

⁵ Recuérdese que, en la penitencia de Sierra Morena, se había arrancado una gran tira para hacerse un rosario (I, 26, 291-292, y n. 12).

⁶ ‘gorro de dormir’; el color le da un matiz ridículo.

⁷ A falta de escudo o rodela, como defensa contra armas contrarias. La *ojeriza de Sancho* alude al episodio del manteamiento (I, 17, 184).

que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y, con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, mas no con tanto acuerdo⁸, que echase de ver de la manera que estaba.

Dorotea, que vio cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo y, como no la hallaba, dijo:

—Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que vi cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente⁹.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? —dijo el ventero—. ¿No vees, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?

—No sé nada —respondió Sancho—: solo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de

⁸ Se juega con el sentido de *acordar* ‘despertar’ y ‘tener juicio, conciencia’.

⁹ El episodio se ha podido inspirar en un relato medieval o en *El asno de oro* de Apuleyo (*mojicones*: ‘puñetazos en la cara’).

ver la flema del escudero y el maleficio del señor¹⁰, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar a los rotos cueros¹¹.

Tenía el cura de las manos a don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

—Bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir de hoy más segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también de hoy más soy quitto de la palabra que os di¹², pues, con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? —dijo oyendo esto Sancho—. Sí, que no estaba yo borracho: ¡mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante! ¡Ciertos son los toros: mi condado está de molde¹³!

¿Quién no había de reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, sino el ventero, que se daba a Satanás. Pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejaronle dormir y salieron al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que

¹⁰ *flema*: ‘tranquilidad, pachorra’; *maleficio*: ‘acción mala, destrozo’, en su valor etimológico (es posible que, como valor secundario, se entienda ‘el gafe de DQ’).

¹¹ *botanas*: ‘parches con que se arreglan los agujeros de los pellejos’.

¹² ‘quedo liberado de la palabra que os di’.

¹³ *puesto en sal*: ‘requetemuerto’, *en sal* como los animales para acecinarlos; *ciertos son los toros*: ‘no cabe ninguna duda’; *está de molde*: ‘está seguro, está hecho’.

estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía en voz y en grito¹⁴:

—En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fue con el costo de una noche, de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca¹⁵; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola¹⁶, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño¹⁷, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre. ¡Pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre¹⁸, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy!

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese

¹⁴ ‘a voz en grito’.

¹⁵ *aranceles*: ‘tablilla que se ponía en las hostelerías para indicar las normas legales —el pregón— con que se regían, y la tasa que podían cobrar por sus servicios’; para la ventera era, pues, el código de comportamiento.

¹⁶ *por su respeto*: ‘por su causa’.

¹⁷ Los *cuartillos* valían ocho maravedíes y medio (II, 26, 853, n. 34). La ventera repite el chiste picante de la *cola* (I, 32, 368).

¹⁸ Fórmulas de juramento usuales; *siglo*: ‘vida eterna’ (II, 40, 950).

descabezado al gigante¹⁹, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho y aseguró a la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que le llegaba a la cintura, y que si no parecía era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca.

¹⁹ *cada y cuando que pareciese*: 'siempre que se demostrase'.